

El diálogo norte-sur en los estudios culturales

Néstor García Canclini¹

Una manera de anunciar este libro es decir que estudia la globalización como un proceso de fraccionamiento articulado del mundo y recomposición de sus pedazos. Con esto quiero afirmar que la globalización no es un simple proceso de homogeneización, sino de reordenamiento de las diferencias y desigualdades sin suprimirlas: por eso la multiculturalidad es un tema indisoluble de los movimientos globalizadores.

Las investigaciones que aquí se presentan toman como objetos básicos de estudio las ciudades y las industrias culturales de América Latina. En cierto modo, puede entenderse que el volumen está escrito desde este continente. Pero no concibo el *desde* como una mirada que pudiera colocarse fuera de la globalización, ni como una posición cuya diferencia permitiría construir alternativas radicales, o sea, una sociedad totalmente otra. ¿Qué significa que ya no sea posible pensar y actuar desentendiéndose de los procesos globalizadores o, dicho de otro modo, de las tendencias hegemónicas de la urbanización y la industrialización de la cultura? Algunos interpretan este hecho como el triunfo del “pensamiento único” y el fin de la diversidad ideológica; por mi parte, prefiero considerar esta situación como un horizonte englobante pero abierto, relativamente indeterminado. Para salir de esta opción es necesario examinar las condiciones concretas en que ahora se desenvuelven las prácticas culturales en distintos países, la interacción de los proyectos globalizadores con el modo en que la multiculturalidad perfila las relaciones sociales en cada región.

América Latina, como se sabe, fue “inventada” por Europa en un proceso de conquista y colonización iniciado por España y Portugal, que se reelaboró luego de las intervenciones de Francia, Inglaterra y otras naciones metropolitanas. Esas relaciones de dependencia, que en cada periodo implicaron conflictos e hibridaciones, se fueron concentrando a lo largo del siglo xx en los vínculos con los Estados Unidos. Pero este

* En: García Canclini, Néstor. *Consumidores y ciudadanos: conflictos multiculturales de la globalización*, Introducción a la edición en inglés, Grijalbo, México, 1995. pp. 13-28.

¹ Agradezco los comentarios de Hugo Achúgar, John Beverly, Román de la Campa, Sandra Lorenzano, Jesús Martín Barbero, Walter Mignolo, Bernardo Subercaseaux y George Yúdice sobre este libro, que me estimularon a pensar lo que ahora añado en esta introducción.

desplazamiento no puede verse como simple cambio de amo. Las modificaciones ocurridas mientras se transitaba de la subordinación europea a la norteamericana en los mercados agrícolas, industriales y financieros, en la producción, circulación y consumo de tecnología y cultura, y en los movimientos poblacionales –turistas, migrantes, exiliados– alteraron estructuralmente el carácter de esa dependencia.

Los cambios en estas cuatro instancias tratados en las próximas páginas –de las ciudades, los mercados, los vínculos tecnología cultura y los desplazamientos de población– desactualizaron las caracterizaciones construidas en el pasado para explicar las relaciones de América Latina con Europa y Estados Unidos. Los vínculos que ahora nos hacen depender de este último país y de los poderes globalizadores no se dejan explicar como una relación colonial, que implicó la ocupación del territorio subordinado, ni tampoco imperialista, que supone una dominación lineal de un polo imperial sobre naciones subalternas. Si ubicamos a Puerto Rico como parte de América Latina, la condición colonial en su caso es evidente, pero los demás países latinoamericanos dejaron de ser colonias hace uno o dos siglos. Lo que luego, durante un tiempo, se volvió subordinación al imperialismo norteamericano se fue reordenando en una posición periférica y dependiente dentro de un sistema mundial de intercambios desiguales diseminados.

Otra aclaración necesaria. A veces suele interpretarse este giro de Europa a Estados Unidos como el pasaje de un ejercicio sociopolítico a una sumisión socioeconómica: a través de la relación Europa los latinoamericanos habríamos aprendido a ser ciudadanos, en tanto los vínculos preferentes con Estados nos reducirían a consumidores. Francia, Inglaterra, Alemania y en cierta medida Estados Unidos inspiraron nuestras constituciones construcción de regímenes republicanos y la participación, ciudadanos en partidos políticos, sindicatos y movimientos sociales. Estas influencias liberales fueron reelaboradas al confrontarlas con nuestra composición social multiétnica y la peculiar evolución de nuestros regímenes democráticos.

Es innegable que en las últimas décadas la intensificación de las relaciones económicas y culturales con Estados Unidos impulsa un modelo de sociedad donde muchas funciones del Estado desaparecen o son asumidas por corporaciones privadas, y donde la participación social se organiza a través del consumo más que mediante el ejercicio de la ciudadanía. El eficiente desarrollo de nuestras democracias, su inestabilidad y la directa cancelación de los organismos de representación ciudadana por las dictaduras de los años setenta y ochenta habrían colaborado para que ese cambio de modelo metropolitano redujera las sociedades civiles latinoamericanas a conjuntos atomizados de consumidores.

Este libro trata de entender por qué esta concepción es insuficiente para explicar las transformaciones actuales en la articulación de lo que todos tenemos de ciudadanos y consumidores. El ensamble entre ambos términos se altera en todo el mundo debido a cambios económicos, tecnológicos y culturales, por los cuales las identidades se organizan cada vez menos en torno de símbolos nacionales y pasan a formarse a partir de lo que proponen, por ejemplo, Hollywood, Televisa y MTV. Para muchos hombres y mujeres, sobre todo jóvenes, las preguntas propias de los ciudadanos sobre cómo informarnos y quién representa nuestros intereses son respondidas más por el consumo privado de bienes y de medios de comunicación que por las reglas abstractas de la democracia o por la participación en organizaciones políticas desacreditadas. Este proceso puede ser entendido como pérdida y despolitización respecto de los ideales de la democracia liberal o ilustrada. Pero también puede pensarse, como observan James Holston y Arjun Appadurai, que la noción política de ciudadanía se expande al incluir derechos a la vivienda, la salud, la educación y la apropiación de otros bienes en procesos de consumo. Es en este sentido que propongo reconceptualizar el consumo, no como simple escenario de gastos inútiles e impulsos irracionales sino como lugar que sirve para pensar, donde se organiza gran parte de la racionalidad económica, sociopolítica y psicológica en las sociedades.

Ciudades

Reconocer estas transformaciones no significa auspiciar la disolución de la ciudadanía en el consumo, ni de las naciones en la globalización, ni veo que eso sea lo que está aconteciendo. Entender las transiciones de las identidades “clásicas” (naciones, clases, etnias) que ya no nos contienen como antes a las nuevas estructuras globales que atienden de otro modo nuestros intereses y deseos, es pensar la recomposición de las relaciones sociales y las insatisfacciones de fin de siglo. Estas insatisfacciones pueden ser tratadas como un malestar de época, una crisis universal de los paradigmas y las certidumbres, como lo hacen muchos discursos posmodernos, o estudiando empíricamente sus peripecias en un contexto específico. Tanto el primer estilo de indagación, predominante en las humanidades y los *cultural studies* anglosajones, como el segundo, propio de las ciencias sociales, que son más influyentes en los estudios culturales latinoamericanos, tienen su legitimidad. La existencia en este libro de análisis sobre cómo se narra la crisis de la multiculturalidad en tiempos de globalización y de *investigaciones empíricas* sobre el modo en que esto ocurre en ciudades y procesos comunicacionales revela el propósito de trabajar en ambos registros.

Esta voluntad de diálogo entre el pensamiento latinoamericano y el angloparlante, entre las ciencias sociales y las humanidades (sin ver como correspondencia necesaria ambas parejas) estuvo orientada por inquietudes sobre el futuro de la cultura latina dentro de un proceso de globalización protagonizado, pero no gobernado, por la cultura norteamericana. No me resultó tan evidente cuando lo escribí, pero a dos años de su publicación en español –y a la luz de comentarios a estas páginas en países latinoamericanos y en el mundo anglosajón-, me di cuenta de que esa preocupación guió mis exploraciones de los cambios en las industrias comunicacionales y sus públicos en América Latina, su comparación con el espacio audiovisual europeo y, de un modo menos explícito, el análisis de la descomposición y las mutaciones de las grandes ciudades latinoamericanas.

El pasaje del origen latino-europeo a un “destino” norteamericano ha modificado no sólo a las sociedades latinoamericanas, sino a las ciencias sociales, las artes y las referencias de autoridad y prestigio en la cultura masiva. En menos de cincuenta años las capitales de nuestro pensamiento y nuestra estética dejaron de ser París, Londres, y en menor medida Madrid, Milán o Berlín, porque sus lugares en el imaginario regional fueron ocupados por Nueva York para las élites intelectuales; por Miami y Los Ángeles para el turismo de clase media; por California, Texas, Nueva York y Chicago para los trabajadores migrantes.

Es un dato revelador de la pérdida de importancia de la ciudad en su concepción europea, como núcleo de la vida cívica y comercial, académica y artística, que las “metrópolis” estadounidenses de muchos latinoamericanos ni siquiera sean ciudades: los universitarios aspiran, más que a conocer las grandes urbes norteamericanas, a vivir en Stanford, Duke o Iowa, campus sin ciudad. Los sectores medios apuntan sus fantasmas a Disneylandia o Disneyworld, y a *shoppings centers* que, aun cuando estén dentro de ciudades, proponen recorridos desurbanizados si los pensamos desde la imagen de las ciudades europeas, que sólo persisten en unas pocas excepciones norteamericanas como Nueva York o San Francisco.

¿Qué tiene que ver esto con la desintegración de las megaciudades (y de tantas ciudades medias) latinoamericanas, México y Sao Paulo, Caracas, Lima y Bogotá? Está claro que no se trata de imposiciones imperialistas, ni de meras copias degradadas del urbanismo norteamericano. Si bien en este libro analizo la pertinencia de interpretar a algunas megalópolis de América Latina como ciudades globales, las transformaciones que ocurren en ellas tienen como principales focos generadores procesos intrínsecos derivados

del desarrollo desigual y las contradicciones de estas sociedades: migraciones masivas, contracción del mercado de trabajo; políticas urbanas, de vivienda y de servicios insuficientes para la expansión poblacional y del espacio urbano, conflictos interétnicos, deterioro de la calidad de vida y aumento alarmante de la inseguridad. Las grandes ciudades del continente, que los gobiernos y los migrantes campesinos imaginaban hasta hace pocos años como avanzadas de nuestra modernización, son hoy los escenarios caóticos de mercados informales donde multitudes tratan de sobrevivir bajo formas arcaicas de explotación, o en las redes de la solidaridad o de la violencia.

Todo esto debe ser visto como producto de dinámicas internas, y a la vez en relación con las nuevas modalidades de subordinación de las economías periféricas, la reestructuración transnacional de los mercados de bienes materiales y comunicacionales. De modo semejante a las ciudades del primer mundo, muchas urbes latinoamericanas –al mismo tiempo que son laboratorios de una multiculturalidad degradada- se desarrollan como nodos estratégicos de la innovación comercial, informática y financiera que dinamiza el mercado local al incorporarlo a circuitos transnacionales. Por eso, la investigación de México y Sao Paulo puede ser tan fecunda como la de Nueva York o Londres para explorar las rearticulaciones entre lo global y lo local, entre movimientos de desterritorialización y reterritorialización. Aunque, como veremos, introduce en el debate sobre urbanismo y globalización algunas cuestiones “heterodoxas”, o quizá sólo acentúa contradicciones visibles también en la multiculturalidad metropolitana.

Comunicaciones

El creciente diálogo entre especialistas en estudios culturales de Estados Unidos y América Latina suele hacerse a través de análisis de discursos, en gran parte literarios y artísticos. Aun cuando es un mérito de esta corriente haber reivindicado testimonios, textos populares y otros excluidos del canon, generalmente las investigaciones se limitan a la cultura no industrializada, y su elaboración crítica queda circunscripta a las instituciones universitarias. Tiene una baja presencia en esta conversación académica lo- que ocurre en los medios masivos de comunicación, salvo cuando puede ser reducido a las problemáticas legitimadas por el universo culto. La enorme expansión de los estudios comunicacionales en Estados Unidos y América Latina, y sobre todo sus datos duros acerca de las inversiones, la reestructuración industrializada de la producción simbólica y del consumo masivo, rara vez encuentra eco en los estudios culturales. La apreciable “enciclopedia” *Cultural Studies*, editada por Lawrence Grossberg, Any Nelson y Pamela Treichler, a lo largo de sus 800 páginas no ofrece casi ningún dato duro, ni gráficas, en suma muy pocos materiales

empíricos, pese a que varios textos hablan de la comunicación, el consumo y la mercantilización de la cultura. Es notable que unos pocos autores, entre ellos Grossberg, en otros trabajos muestran una incisiva comprensión de la simbólica masiva (Grossberg, 1992).

Desde hace más de medio siglo los intercambios culturales entre Estados Unidos y América Latina ocurren, más que en la literatura, las artes visuales o la cultura tradicional, en las industrias comunicacionales. Aun el incremento de exposiciones artísticas y traducciones literarias en años recientes, desarrollado a menudo bajo criterios de marketing y buscando la difusión masiva (desde la muestra México: *treinta siglos de esplendor*, realizada en el Metropolitan Museum, hasta las novelas de Isabel Allende, Laura Esquivel y Gabriel García Márquez), necesita ser analizado también como parte de la industrialización de la cultura para captar *una* de las dimensiones claves de su significado. Algo semejante sucede con los usos del patrimonio histórico en el turismo y la circulación de músicas étnicas o nacionales, que contribuyen a reproducir y renovar los imaginarios de la América del norte y la del sur. Pero es sobre todo en la competencia y las alianzas entre empresas comunicacionales (de televisión, informática y aun editorial) que se está gestionando la inter y la multiculturalidad.

Por eso, este libro –como otros escritos en los últimos años en América Latina (de Jesús Martín Barbero, Renato Ortiz, Beatriz Sarlo) - intenta reubicar la teorización y los debates sobre identidad, heterogeneidad e hibridación en la disputa por el espacio audiovisual que viene desarrollándose entre Estados Unidos, Europa y América Latina. Más allá de que estos conflictos por la expansión comunicacional reproducen y replantean los dilemas de los latinoamericanos entre ser latinos o ser “americans”, la elucidación conceptual y la investigación empírica de las diferencias y los encuentros en este triángulo interregional son decisivas para reorientar las políticas culturales. No podemos mantener en la academia la miopía anacrónica de las políticas estatales centradas en la preservación de patrimonios monumentales y folclóricos, y la promoción (cada vez con menores recursos) de las artes cultas. Los efectos de la tendencia estadounidense a considerar las radios, los canales de televisión y otros circuitos de comunicación masiva como simples negocios, extendida ahora a los países europeos y latinoamericanos, no incitan sólo a revisar el dilema entre la propiedad –estatal o privada - de estos medios. Hace necesario que los investigadores realicemos análisis cuidadosos de la remodelación de los espacios públicos y de los dispositivos que se pierden o recrean para el reconocimiento o la proscripción de las voces múltiples presentes en cada sociedad.

Algunos comentarios de especialistas europeos a lo que digo en este libro me llevan a pensar que idealicé un poco el valor ejemplar del espacio audiovisual europeo. Las privatizaciones de medios comunicacionales efectuadas en España y Francia en los dos últimos años obligan a ser hoy menos optimistas sobre la capacidad de la comunidad europea para proteger la esfera pública mediática de las coacciones del mercado internacional. Pero pienso que la descripción general de las opciones de política cultural que aquí señalo, y el análisis de su significado para la multiculturalidad, son aún pertinentes en el diálogo que apenas comienza entre los estudios culturales latinoamericanos y los *cultural studies* estadounidenses. Quizá ésta sea una de las zonas donde valdría retomar los aportes de los *cultural studies* británicos, más sensibles a la importancia de la industrialización comunicacional, y cuya vitalidad y renovación tuve oportunidad de comprobar en intervenciones como las de Stuart Hall y Phillip Schlensinger, entre otras, en la reunión promovida en octubre de 1996 por la Universidad de Stirling entre especialistas europeos y latinoamericanos (véase *Media Development*, 1, vol. XLIV, 1997).

En los estudios británicos también encontramos una preocupación mayor por el papel del Estado, debido a que la función que ha tenido en ese país como representante de la esfera pública y regulador de los intereses privados es históricamente más decisiva que en Estados Unidos.

Multiculturalidades

Si la relación con los movimientos globalizadores es distinta en el mundo anglosajón y en el latino ello se debe, también, a diferencias notables entre los modos de concebir la multiculturalidad en ambas regiones, que no había percibido claramente en el momento de escribir este libro. Como lo adelanté en el texto que presenté en esa reunión de Stirling, quizá la discrepancia clave entre los estudios culturales latinoamericanos y los *cultural studies* podría sintetizarse así: lo que en América Latina se ha llamado más bien pluralismo o heterogeneidad cultural se piensa como parte de la nación, en tanto en el debate estadounidense, como explican varios autores, “multiculturalismo significa separatismo” (Hughes, Taylor, Walzer). Sabemos que, según dice Peter McLaren, conviene distinguir en Estados Unidos entre un multiculturalismo conservador, otro liberal y otro liberal de izquierda. Para el primero, el separatismo entre las etnias se halla subordinado a la hegemonía de los WASP y su canon que estipula lo que se debe leer y aprender para ser culturalmente correcto. El multiculturalismo liberal postula la igualdad natural y la equivalencia cognitiva entre razas, en tanto el de izquierda explica las violaciones de esa igualdad por el acceso inequitativo a los bienes. Pero sólo unos pocos autores, como

McLaren, sostienen la necesidad de legitimar múltiples tradiciones de conocimiento” a la vez, y hacer predominar las construcciones solidarias sobre las reivindicaciones de cada grupo. Por eso, pensadores como Michael Walzer expresan su preocupación porque “el conflicto agudo hoy en la vida norteamericana no opone el multiculturalismo a alguna hegemonía o singularidad”, a “una identidad norteamericana vigorosa e independiente”, sino “la multitud de grupos a la multitud de individuos...” “Todas las voces son fuertes, las entonaciones son variadas y el resultado no es una música armoniosa –contrariamente a la antigua imagen del pluralismo como sinfonía en la cual cada grupo toca su parte (pero ¿quién escribió la música?) - sino una cacofonía” (Walzer: 109 y 105).

Lo que podría llamarse el canon en las culturas latinoamericanas debe mucho a Europa, pero a lo largo del siglo XX combina influencias de diferentes países europeos y las vincula de un modo heterodoxo con diversas tradiciones nacionales. Autores como Jorge Luis Borges y Carlos Fuentes dan cita en sus obras a expresionistas alemanes, surrealistas franceses, novelistas checos, italianos, irlandeses, autores que se desconocen entre sí, pero que escritores de países periféricos, como decía Borges, exagerando, “podemos manejar” “sin supersticiones”, con “irreverencia”. Si bien Borges y Fuentes podrían ser casos extremos, encuentro en que los especialistas en humanidades y ciencias sociales, y en general la producción cultural latinoamericana, se apropian críticamente de los cánones metropolitanos, los reutilizan en relación con variadas necesidades nacionales. Además, las sociedades latinoamericanas no se formaron con el modelo de las pertenencias étnico-comunitarias, sino –como ya señalé - a partir de la idea laica de república y del individualismo jacobino, con apertura a las modulaciones que ese modelo francés fue adquiriendo al interactuar con la multiculturalidad latinoamericana.

Debido a esta historia diferente, no predomina en los países latinoamericanos la tendencia a resolver los conflictos multiculturales mediante políticas de acción afirmativa. No han faltado en América Latina fundamentalismos nacionalistas y etnicistas, que también promueven autoafirmaciones excluyentes –absolutizan un solo patrimonio cultural, que ilusoriamente se cree puro - para resistir la hibridación. Hay analogías entre el énfasis separatista, basado en la autoestima como clave para la reivindicación de los derechos de las mujeres y las minorías en Estados Unidos, y algunos movimientos indígenas y nacionalistas latinoamericanos que interpretan maniqueamente la historia colocando todas las virtudes del propio lado y atribuyendo los déficits de desarrollo a los demás. Sin embargo, no fue la tendencia prevaleciente en nuestra historia.

Menos aún en este tiempo de globalización que vuelve más evidente la constitución híbrida de las identidades étnicas y nacionales, la interdependencia asimétrica, desigual, pero insoslayable en medio de la cual deben defenderse los derechos de cada grupo. Por eso, los movimientos de artistas e intelectuales que se identifican con demandas étnicas o regionales, por ejemplo las del zapatismo en Chiapas, sitúan esa problemática particular, como los mismos zapatistas, en un debate sobre la nación y sobre cómo reubicarla en los conflictos internacionales. O sea, en una crítica general sobre la modernidad. Aunque las controversias sobre la autonomía de los pueblos indígenas muestran aspectos irresueltos de las relaciones entre independencia cultural o política y la participación en procesos nacionales y globales.

Sujetos

Estas reflexiones conducen a una cuestión insinuada al principio, cuando afirmé que hablar desde América Latina no implica atribuir ninguna prerrogativa especial a lo que podría, descubrirse y criticarse desde una posición periférica. Las convergencias y diferencias al concebir la multiculturalidad en distintas regiones se manifiestan también en los modos de situar los lugares de enunciación o los puestos de observación de los investigadores que realizan estudios culturales. En el pensamiento norteamericano se hallan constantes cuestionamientos a las teorías universalistas que han contrabandeado, bajo apariencias de objetividad, las perspectivas coloniales, occidentales, masculinas, blancas y de otros sectores. Algunas de estas críticas desconstruccionistas han sido elaboradas también en las ciencias sociales y las humanidades latinoamericanas: pensadores nacionalistas, marxistas y otros asociados a la teoría de la dependencia plantearon objeciones semejantes a teorías sociales y culturales metropolitanas y utilizaron creativamente, desde la década de los sesenta, las obras de Gramsci y Fanon, que en los últimos años los *cultural studies* estadounidenses –y algunos latinoamericanistas- proponen como novedades sin ninguna referencia a las reelaboraciones hechas en América Latina de tales autores, con objetivos análogos. En cambio, en otros aspectos como los aportes del pensamiento feminista a los estudios culturales, su desarrollo es débil en casi todos los principales especialistas latinoamericanos, aunque el diálogo más fluido con la academia anglosajona está reequilibrando un poco esta carencia (Buarque de Hollanda, Richard).

¿Puede esperarse una renovación radical de estas reivindicaciones de actores periféricos o excluidos? ¿Cuál es la relación entre la creatividad gnoseológica y los poderes sociales o geopolíticos? Después de haberse atribuido en los años sesenta y setenta capacidades especiales para generar conocimientos “más verdaderos” a ciertas posiciones

sociales (los colonizados, los subalternos, los obreros y los campesinos) ahora muchos pensamos que no existen posiciones privilegiadas para la legitimación del saber. Múltiples argumentos epistemológicos, y los repetidos fracasos históricos de esta sobrevaloración de posiciones oprimidas como fuente de conocimiento, desalientan su restauración.

Si prestamos atención a los riesgos fundamentalistas de las concepciones que colocan la identidad, y su autoafirmación, como objeto central de las investigaciones y las políticas, como lo señala por ejemplo David Theo Goldberg, es conveniente desplazar el eje de análisis a la heterogeneidad y la hibridación. El especialista en cultura gana poco estudiando el mundo desde identidades parciales: ni desde las metrópolis ni desde las naciones periféricas o poscoloniales, ni desde las élites, ni desde los grupos subalternos, ni desde una disciplina aislada, ni desde el saber totalizado. El que realiza estudios culturales habla desde las intersecciones.

Adoptar el punto de vista de los oprimidos o excluidos puede servir en la etapa de *descubrimiento*, para generar hipótesis o contrahipótesis que desafíen los saberes constituidos, para hacer visibles campos de lo real descuidados por el conocimiento hegemónico. Pero en el momento de la *justificación* epistemológica conviene desplazarse entre las intersecciones, en las zonas donde las narrativas se oponen y se cruzan. Sólo en esos escenarios de tensión, encuentro y conflicto es posible pasar de las narraciones sectoriales (o francamente sectarias) a la elaboración de conocimientos capaces de deconstruir y controlar los condicionamientos de cada enunciación.

Esto implica pasar también de concebir a los estudios culturales sólo como un análisis hermenéutico a un trabajo científico que combine la significación y los hechos, los discursos y sus arraigos empíricos. En suma, se trata de construir una racionalidad que pueda entender las razones de cada uno y la estructura de los conflictos y las negociaciones.

En la medida en que el especialista en estudios culturales quiere realizar un trabajo científicamente consistente, su objetivo final no es representar la voz de los silenciados sino entender y nombrar los lugares donde sus demandas o su vida cotidiana entran en conflicto con los otros. Las categorías de contradicción y conflicto están, por lo tanto, en el núcleo de esta manera de concebir los estudios culturales. Pero no para ver el mundo desde un solo lugar de la contradicción sino para comprender su estructura actual y su dinámica posible. Las utopías de cambio y justicia, en este sentido, pueden articularse con el proyecto de los estudios culturales, no como prescripción del modo en que deben seleccionarse y

organizarse los datos sino como estímulo para indagar bajo qué condiciones (reales) lo real pueda dejar de ser la repetición de la desigualdad y la discriminación, para convertirse en escena del reconocimiento de los otros. Retomo aquí una propuesta de Paul Ricoeur cuando, en su crítica al multiculturalismo norteamericano, sugiere cambiar el énfasis sobre la identidad a una política de *reconocimiento*. “En la noción de identidad hay solamente la idea de lo mismo, en tanto reconocimiento es un concepto que integra directamente la alteridad, que permite una dialéctica de lo mismo y de lo otro. La reivindicación de la identidad tiene siempre algo de violento respecto del otro. Al contrario, la búsqueda del reconocimiento implica la reciprocidad” (Ricoeur, 1995-96).

Aun para producir bloques históricos que promuevan políticas contrahegemónicas (Beverly) –interés que comparto - es conveniente distinguir entre conocimiento y acción, entre acción y actuación. O sea: entre ciencia, política y teatro. Un conocimiento descentrado de la propia perspectiva, que no quede subordinado a las posibilidades de actuar transformadoramente o de dramatizar la propia posición en los conflictos, puede ayudar a comprender mejor las múltiples perspectivas en cuya interacción se forma cada estructura intercultural. Los estudios culturales, entendidos como estudios científicos, pueden ser ese modo de renunciar a la parcialidad del propio punto de vista para reivindicarlo como sujeto no delirante de la acción política

Bibliografía

John Beverly, “Estudios culturales y vocación política”, *Revista de Crítica Cultural*, núm. 12, Santiago de Chile, julio de 1996.

Heloisa Buarque de Hollanda, “O estranho horizonte da crítica feminista no Brasil” en Carlos Rincón y Petra Shumn (Coords.), *Nueyo Texto Crítico*, núm. 14-15, Stanford University, 1995: 259-269.

Román de la Campa, “Latinoamérica y sus nuevos cartógrafos: discurso poscolonial, diásporas intelectuales y enunciación fronteriza” *Revista Iberoamericana*, vol. LXII, núms. 176-177, julio-diciembre 1996, pp. 697-717.

Néstor García Canclini (Coord.), *Culturas en Globalización*, Caracas, Nueva Sociedad, 1996. ----, “Hybrid cultures and communicative strategies”, *Media Development*, Londres, vol. XLIV, 1997, pp. 22-29.

David Theo Goldberg (ed.), *Multiculturalism: A Critical Reader*, OxfordCambridge, Blackwell, 1994.

Lawrence Grossberg; Cary Nelson; Paula Treicher (eds.), *Cultural Studies*, New York-Londres, Routledge, 1992.

---, *We gotta get out this place: popular conservatism and postmodern culture*, Nueva York, Routledge, 1992.

Robert Hughes, *Culture of Complaint. The Fraying of America*, Nueva York, Oxford University Press, 1993.

James Holston y Arjun Appadurai, "Cities and Citizenship", *Public Culture*, vol. 8, 2, 19, 1996, pp. 187-204.

Jesús Martín Barbero, "Reseña al libro *Consumidores y ciudadanos*", *Magazin Dominical de El Espectador*, núm. 654, Colombia, 26 de noviembre de 1995.

Renato Ortiz, *Mundialização e cultura*, Sao Paulo, Brasiliense, 1994.

Paul Ricoeur, *La critique et la conviction: Entretien avec François Azouvi et Marc de Launay*, Calamann-Lévy, 1995.

Nelly Richard, "Signos culturales y mediaciones académica?", en Beatriz González Stephan, *Cultura y tercer mundo*, Caracas, Nueva Sociedad, 1996.

Beatriz Sarlo, *Escenas de la vida posmoderna*, Buenos Aires, Ariel, 1994.

Bernardo Subercaseaux, "Comentario a *Consumidores y ciudadanos*", *Revista de Crítica Cultural*, núm. 12, Santiago de Chile, julio de 1996.

Charles Taylor, "The Politics of Recognition", en Goldberg, op. cit., pp. 75-106.

Michael Walzer, "Individus et communautés: les deux pluralismes", *Esprit*, París, junio, 1995.

George Yúdice, "Tradiciones comparativas de estudios culturales: América Latina y los Estados Unidos", *Alteridades*, México, 5, 1993, b.

---, *Civil Society, Consumption, and Governmentality in an Age of Global Restructuring: An Introduction*", *Social Text*, Duke University Press, 1995.

Sergio Zermeño, *La sociedad derrotada. El desorden mexicano de fin de siglo*, México, Siglo XXI, 1996.